



O'Brien por Fernando Vicente. Ed. Nórdica

Humor irlandés

Se cumplen cien años del nacimiento de Flann O'Brien y cincuenta y cinco de su muerte; las locuras del irlandés siguen siendo más que recomendables

“E l único verdaderamente sofisticado en todo el maldito país”. Vale, no es que fueran muchos habitantes, y la verdad es que de ellos muy pocos se dedicaban a cultivar las letras. Lo normal. Pero si alguien dice de ti que eres el tipo más sofisticado de la isla, puedes estar seguro de que pasarás a la posteridad. Y efectivamente, Brian O’Nolan, o Flann O’Brien, o lo que es lo mismo, Brian Nuallín o Myles na gCopaleen (seudónimos todos ellos menos el primero), pasó. Con sus luces y sus sombras, su fama de borracho —que era cierta, murió alcoholizado a los 55 años—, sus pleitos por irse demasiado de la lengua en sus columnas y el cariño de sus lectores irlandeses, que reconocieron en él su capacidad para sacarle punta a todo y hacerlo, encima, en irlandés, inglés, latín, alemán y hasta francés.

Se cumplen cien años de su nacimiento, allá por 1911 en un rincón del condado de Tyrone. Se cumplen además 55 de su muerte, en Dublín, la ciudad en la que primero cerró todos los pubs charlando con los amigos, y ya al final prefirió abrirlos bien temprano cada mañana y dedicar el resto del tiempo a dormir, en soledad. La

editorial Nórdica acaba de publicar como homenaje *La gente corriente de Irlanda*, una selección de las columnas inclasificables que publicó durante 26 años en *The Irish Times*.

En esta editorial habían ido apareciendo en años anteriores *El tercer policía*, *Crónica de Dalkey*, *La boca pobre* (escrita originalmente en gaélico, el idioma en el que se crió O’Nolan/O’Brien), *La vida duray En Nadar-Dos-Pájaros*, su debut literario. Esa fue toda su obra, y una de sus novelas, *El tercer policía*, no vio la luz hasta después de su muerte pese a llevar escrita casi treinta años. Pero la gente corriente de Irlanda lo conocía sobre todo por esas columnas en las que representaba el hablar de las personas de la calle, sus inquietudes y sus problemas, afeando a veces la conducta de

muchos (no eran raras las columnas que acababan en la basura censuradas o las que se ganaban una crítica al día siguiente).

Con todo y con eso, el niño de pueblo y con diez hermanos que había sido educado en casa por su padre y que prácticamente aprendió solo el inglés, el idioma dominante; el estudiante católico del famoso Trinity College de Dublín; el funcionario público que debía escribir bajo pseudónimo porque no estaba permitido compaginar ambas tareas; el marido alcohólico que se definía como “educador del país”, “maestro del idioma irlandés”, “analista de las actitudes y locuciones irlandesas” o “inspector de sanidad nacional y literaria de Irlanda”, llegaría a ser leído y admirado en lugares lejanos.

James Joyce fue su seguidor, incluso cuando empezó a quedarse ciego y había de utilizar una lupa para leerlo. Graham Greene, Dylan Thomas, Samuel Beckett... Jorge Luis Borges escribió una vez que *En Nadar-Dos-Pájaros* era una de las mejores novelas del siglo XX. Más tarde Harold Bloom dijo de él que era un ‘must’ de la literatura universal. La mezcla de extravagancias, locuras, humor y observación de la (dura) realidad fueron la clave de su éxito.

La mezcla de extravagancias, locuras, humor y observación de la (dura) realidad fueron la clave de su éxito

Elena Sierra

Todos los cuentos de Muñoz Molina

El autor recopila en ‘Nada del otro mundo’ sus relatos y reivindica el cuento como un género vivo al que la prensa ya no dedica atención

Antonio Muñoz Molina (Jaén, 1956) ha reunido todos sus cuentos en *Nada del otro mundo* (Alfaguara, 317 pags.), sin retocar nada de lo que ya escribió en el pasado, aunque releándolo y analizándolo desde una perspectiva obviamente diferente y marcada por una gran experiencia en el mundo de la literatura. El autor comenzó a publicar cuentos en el año 1983 y diez años más tarde reunió lo que había publicado hasta el momento por encargo principalmente de los periódicos. Hoy vuelve a recopilar catorce relatos, de los cuales sólo el último —*El miedo de los niños*— es inédito. Son historias de terror, amor y muerte, que van tejiendo un fresco sobre la España de las dos últimas décadas.

La venganza de un marido, la llegada de un pianista genial a Marrakech, una historia de amor enfermizo o la promesa de la felicidad en la letra de una canción son algunos de los motivos, aparentemente realistas, que se diluyen las páginas de *Nada del otro mundo*.

Los relatos están influidos por autores como Bioy, Borges y

Onetti, y siguen la máxima de “menos es más” o, cuanto menos se pueda decir con menos, mucho mejor. Para Muñoz Molina, un enamorado del cuento, este género permite desarrollar lo fantástico de una manera única, algo que no ofrece la novela de una manera más clara, aunque él lo ha dejado un poco de lado en los últimos años. El motivo, explica, es que los periódicos ya no demandan cuentos de escritores. “Sólo piden microrrelatos”, se queja el autor, que considera que la prensa no está realmente al tanto de lo que los lectores demandan, puesto que él observa cómo en el metro y en otros espacios las personas siguen necesitando la literatura.

Galardonado con el premio de la Crítica, con el Planeta y con el Nacional de Narrativa en dos



ocasiones, entre otros premios, el autor de *Plenitud* (1997), *Sefarad* (2001) y otros textos altamente valorados por la crítica, explica que los cuentos tienen algo de fotografía instantánea de la experiencia y que el relato inédito que publica ahora le tuvo toda una noche sin dormir. Se trata de una historia breve que pertenece a “la tradición folclórica del desconocido que llega, el hombre del saco, el tío mantecón”.

Una historia que nos remite a los miedos, las fantasías y las inquietudes de la infancia para recordarnos que todo lo que entonces nos aconteció sigue vivo en el algún lugar de la memoria y consigue refrescarse cuando nos asomamos a la emoción de vislumbrar la primera página escrita de un cuento.

María R. Aranguren

